

EL GUARDIÁN ENTRE EL CENTENO

The catcher in the rye
Jerome David Salinger, 1945

Nueva York, 1948¹. Holden Caulfield, un joven de 17 años, nos hace partícipes del dramático y anodino discurso de su vida. No es uno de esos rebeldes sin causa, diseñados por un adulto desde la óptica de la autocompasión o de la añoranza por el tiempo perdido. Es un joven bastante despistado, no le gusta nada, tiene una conversación poco brillante, en fin, que no es un héroe, ni siquiera un tipo simpático: no es más que un adolescente. Así que, la mayoría de sus conductas desesperan al lector, aunque a veces le hagan sonreír. La mayor virtud de Salinger es, por tanto, haber creado un personaje con absoluta imparcialidad, no haber cedido a la tentación de manipular los sentimientos del que lee.

Holden Caulfield es neoyorkino: «He vivido en Nueva York toda mi vida». Ha ido a buenos colegios, su padre gana mucho dinero, iba a jugar al tenis a Forest Hills, «no es porque yo lo diga, pero juego al golf estupendamente».

En diciembre de 1948, Holden es expulsado de «Pencey, que es un colegio que hay en Agerstown». El motivo es que «me habían suspendido en cuatro asignaturas y no estudiaba nada».

Narrada en primera persona, Holden reconoce las limitaciones de su léxico: «Tengo diecisiete años y, a veces, parece que tuviera trece. Meneo mucho la cabeza. También digo '¡Jo!' muchas veces. En parte porque tengo un vocabulario pobrísimo». De ahí que el discurso esté plagado de muletillas: «de verdad», «en serio», «palabra», «a lo que iba», «hacía años que no pasaba por allí... hacía años que no cogía una llave... hacía años que no tenía tanta suerte... hacía años que no entraba en aquel museo». Aunque, como él mismo señala, el abuso más acusado es el de la interjección «¡Jo!»: 79 veces en 133 páginas.

Y, sin embargo, la única asignatura que Holden no ha suspendido es Lengua: «Ese hijoputa de Hartzell [su profesor] te considera un genio en composición», dice su compañero de cuarto. «Soy un completo analfabeto, pero leo muchísimo [...] Leo un montón de clásicos [...] Mi autor preferido es D.B. [su hermano, que «está en Hollywood prostituyéndose»] y luego Ring Lardner. También elogia a Isak Dinesen.

Otro rasgo de su léxico es la exageración: «Bailar con la tal Mary era como arrastrar la estatua de la Libertad por toda la pista [...] tenía unas tetas de aquí a Lima [...] me lo repitió como cinco mil veces [...] el vestíbulo olía como a cincuenta millones de colillas [...] una cama que mide diez millas de larga por otras diez de ancha [...] desde entonces habían pasado como cincuenta años [se refiere a la noche anterior]».

¹ En 1946 murió Allie, hermano de Holden. Allie tenía 13 años; como Holden era dos años mayor, tenía 15. Si ahora tiene 17, es que estamos en 1948.

Holden carece de autoestima: «Soy un imbécil», «soy un tarado». Aunque tampoco estima demasiado a sus compañeros de colegio: «El muy cabrón», «el muy hijoputa», «yo le gritaba hijoputa como cinco mil veces seguidas». Sin embargo, no reprime su orgullo al declarar: «Soy el mentiroso más fantástico que puedan imaginarse». O cuando, después de engañar a un ascensorista, se felicita: «¡Vaya tío listo que soy!».

Lo que más lo define es la inseguridad: «Yo soy la mar de débil [...] Solo he tenido dos peleas en mi vida y las he perdido las dos. La verdad es que de duro no tengo mucho [...] Soy un tipo bastante cobarde. Trato de que no se me note, pero la verdad es que lo soy [...] Aunque quizá yo no sea tan cobarde. No lo sé [...] Soy muy nervioso [...] Pero al final no lo hice porque no estaba en vena y cuando uno no está en vena no hay forma de hacer cosas así». Las cosas así son saludar a una chica o tirar una bola de nieve.

No es de extrañar que Holden no haya tenido relaciones íntimas con una chica: «Si he de serles sincero, les diré que soy virgen». Aunque pudo hacerlo con una prostituta:

—Bueno, ¿qué? No tengo toda la...

—Verás —le dije—. No me encuentro bien. He pasado muy mala noche. Te pagaré pero no te importará si no lo hacemos, ¿no?

—¿Qué te pasa? —me dijo.

—No me pasa nada —¡Jo! !No me estaba poniendo poco nervioso! —. Es solo que me han operado hace poco.

—Sí, ¿eh? ¿De qué?

—Del... ¿cómo se llama? Del clavicordio.

—¿Sí? ¿Y qué es eso?

—¿El clavicordio? Verás, es como si fuera la espina dorsal.

Holden se consuela de su virginidad: «Para conocer a una chica no hace falta acostarse con ella». Pero Holden no es ningún virtuoso: «Por dentro debo ser el peor perverso que han visto en su vida. A veces pienso en un montón de cosas raras que no me importaría nada hacer si se me presentara la oportunidad [...] Soy un poco ateo. Jesucristo me cae bien, pero con el resto de la Biblia no puedo [...] Nunca voy a la iglesia. En primer lugar porque mis padres son de religiones diferentes y todos sus hijos somos ateos. Si quieren que les diga la verdad, no aguanto a los curas». Sin embargo, cuando ve a un par de monjas en un bar se dirige a una de ellas. «Le pregunté si iban pidiendo limosna para los pobres o algo así [...] —Se lo decía porque si estaban haciendo una colecta, iba a hacer una pequeña contribución. Si quiere le doy el dinero y usted lo guarda hasta que lo necesiten».

Holden no tiene apego ni al dinero: «Soy un manirroto horrible. Y lo que no gasto, lo pierdo [...] Pero papá tiene mucho dinero. Es abogado de empresa y los tíos que se dedican a eso se forran [...] Una de las cosas malas que tengo es que nunca me ha importado perder nada. Muchísimas veces hasta me olvido de recoger el cambio en los restaurantes [...] Desde que había salido de Pencey había gastado una fortuna. Me acerqué al lago y tiré las monedas en la parte que no estaba helada. No sé por qué lo hice. Supongo que para dejar de pensar en que me iba a morir. Pero no sirvió de nada».

¿Qué saca entonces de la vida? Nada que la justifique: «¿Te has hartado alguna vez de todo? ¿Has pensado alguna vez que al menos que hicieras algo en seguida el mundo se te venía encima? Odio vivir en Nueva York [...] Nueva York es terrible cuando alguien se ríe de noche. La carcajada se oye a millas y millas de distancia y le hace sentirse a uno aún más triste y deprimido [...] Odio los taxis y los autobuses de Madison Avenue, y odio que me presenten a tíos que dicen que [...], y odio subir y bajar siempre en ascensor, y odio a los tipos que me arreglan los pantalones en Brooks, y que la gente no pare de decir [...] Deberías ir a un colegio de chicos. Tienes que estudiar lo suficiente para poder comprarte un Cadillac algún día, tienes que fingir que te importa si pierde o gana el equipo del colegio, y tienes que hablar todo el día de chicas, alcohol y sexo. Todos forman grupitos cerrados en los que no puede entrar nadie». El colofón a esta retahíla solo puede ser: «Lo único que de verdad tenía ganas de hacer era suicidarme [...] No había quien lo aguantara [...] Sentía una soledad espantosa [...] Me volvía loco imaginármelo [...] Me entraban ganas de tirarme por la ventana».

Pero no hay cuidado. Como él mismo ha reconocido, Holden es demasiado cobarde para ir más allá de algunos comportamientos estúpidos y autodestructivos, como comer muy poco, beber bastante alcohol y fumar muchísimo: «Debía haberme fumado ese día como tres cartones». Y todas esas cosas que se suponen propias de la edad: «Crucé a todo correr la carretera. Ni siquiera sé por qué corría; no me rompí la crisma de milagro; al hacerlo por poco me mato; no me rompí una pierna de milagro». Son arrebatos que le dan sensación de vértigo: «La noche que murió mi hermano Allie dormí en el garaje y rompí todos los cristales con el puño. Todavía me duele la mano cuando llueve y no puedo cerrar muy bien el puño».

Más que morirse, a Holden lo que le gustaría es huir. Hablando con una chica a la que odia, le dice que ella es lo único que lo retiene en Nueva York y le propone que lo acompañe en una fuga al campo para convertirse en granjeros. En su último delirio vuelve a imaginar la huida: «Iría al túnel Holland, pararía un coche, y luego a otro, y a otro, y a otro, y en pocos días llegaría a un lugar donde haría sol y mucho calor y nadie me conocería [...] Lo que haría sería hacerme pasar por sordomudo y así no tendría que hablar».

Decididamente, Holden no rige: «Les juro que estoy como una regadera». Su conducta está marcada por las fobias: «Si hay algo que odio en el mundo es el cine. Ni me lo nombren [...] Puedo llegar a odiar a una persona solo porque lleve una maleta barata».

Algunas cosas, pocas, sí que lo preocupan: «Me acerqué al túnel donde está la parada de taxis, y cogí uno [...] De pronto se me ocurrió preguntarle si sabía una cosa. -¡Oiga! Esos patos del lago que hay cerca de Central Park South. ¿Sabe usted por casualidad adónde van cuando el agua se hiela?». Otras, lo conmueven: «Delante de mí iba una familia. Eran el padre, la madre, y un niño como de seis años. El crío era graciosísimo [...] Los coches pasaban rozándole a toda velocidad, pero sus padres seguían hablando como si tal cosa. Y él seguía caminando junto al bordillo y cantando: 'Si un cuerpo coge a otro cuerpo, cuando van entre el centeno' Aquel niño me hizo sentirme mucho mejor. Se me fue toda la depresión».

Esta imagen despierta en Holden algo parecido a una vocación. Es significativa esta conversación con su hermana Phoebe, que le reprocha su indefinición:

—A ti nunca te gusta nada. Nada. Di una sola cosa que te guste.

—¿Una sola cosa? Bueno —Lo que pasaba es que no podía concentrarme. A veces cuesta muchísimo trabajo—. ¿Tiene que ser una cosa que me guste mucho o basta con que me guste un poco?

Pero no podía concentrarme.

—¿Ves como no hay una sola cosa que te guste?

—Sí hay. Claro que sí. Me gusta Allie, y me gusta hablar contigo.

—Allie está muerto. Y esto no es nada.

—Claro que sí. La gente nunca le da importancia a las cosas. ¡Maldita sea! Estoy hartos.

—Deja de jurar y dime [...] qué te gustaría ser.

—¿Sabes lo que me gustaría ser de verdad si pudiera elegir? ¿Te acuerdas de esa canción que dice, 'Si un cuerpo coge a otro cuerpo, cuando van entre el centeno...'? Me gustaría...

—Es 'Si un cuerpo encuentra a otro cuerpo'. Y es un poema de Robert Burns².

—Creí que era... Pero, verás. Muchas veces me imagino que hay un montón de niños jugando en un campo de centeno. Miles de niños. Y están solos, quiero decir que no hay nadie mayor vigilándolos. Solo yo. Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan a él. En cuanto empiezan a correr sin mirar adonde van, yo salgo de donde esté y los cojo. Eso es lo que me gustaría hacer todo el tiempo. Vigilarlos. Yo sería el guardián entre el centeno. Te parecerá una tontería, pero es lo único que de verdad me gustaría hacer. Sé que es una locura.

Conclusión: Holden siente que lo han puesto al borde de un precipicio sin guardián, y quisiera que eso no le pasara a ningún otro niño. Cuando doblas la última página, lo que menos te parece es que hayas leído una novela. Es como si un tío te hubiese largado su rollo —¡Jo! ¡Anda que no largaba el tío! Diez millones de palabras por minuto, de verdad—, y ahora que se ha ido te das cuenta de lo bien que te lo pasabas con él. Y sientes un poco de pena, te lo juro.

—oOo—

Algún eco de la novela: Era el libro de cabecera del asesino de John Lennon, para quien Holden parece pedir comprensión: «No digo que fuera un mal tipo, no lo era. Pero no tienes que ser un mal tipo para deprimir a alguien. Puedes ser un buen tipo y hacerlo». *El guardián* es también el libro que Miranda pide a su secuestrador en el film *El Coleccionista* (Wyler, 1965): «—Es un libro estupendo, lo he leído tres veces. —¿Qué te parece tan maravilloso? —El protagonista, su odio hacia todo lo que es falso». Pero el secuestrador no lo ve así. Enfurecido con el personaje, destroza el libro.

² Robert Burns (1759-1796) fue un poeta escocés cuyo poema *Auld lang syne* se canta en todo Occidente para despedir el año que acaba, aunque cada cual le pone la letra que mejor le cuadra. En España se conoce como el *Vals de las velas*.

Para cerrar, una muestra del lenguaje. Salinger pone en boca de Holden el palabro "wuddayacallit" para decir «cómo se llama». Holden está leyendo en su cuarto. Ackley entra y pregunta: "What the helly reading?". Luego, coge una rodillera: "Who belongsa this?". Antes de irse, le pide unas tijeras: "Lend me your scissors a second, willya? Ya got 'em handy?". "Sonuvabitch" es como Ackley dice «hijo de perra».